

La errancia erótica

Por Kostas AXELOS

En el horizonte del Mundo abierto, horizonte del ser en devenir de la totalidad fragmentaria; a través del diálogo de la naturaleza y la historia (que no constituyen de ningún modo dos dominios), se despliega el poder —no autónomo— del amor, del erotismo, de la sexualidad. Ya sea que se comprenda al amor como *eros* más que como *agapé*, sin separarlo, sin embargo, de la amistad (*philia*), ya sea que se deje al *erotismo* en su indefinible ambigüedad, o que se entienda a la *sexualidad* como una fuerza tan vigorosa y tan vasta como la *libido*, es extraordinariamente difícil en todo caso aprehender la raíz unitaria de esos modos de ser al mismo tiempo que sus diferencias, porque su raíz unitaria es problemática. Ahora bien, mientras disquemos al ser humano en tres secciones: cuerpo, alma, espíritu, no lograremos captar la unidad original en el seno y a partir de la cual se dibujan las inevitables distinciones, las manifestaciones diferenciadas, las estructuras particulares. Desde Platón, este trinitarismo del ser humano no ha dejado de ser una luz —y un obstáculo— para la vida humana y para el pensamiento. Y más aún por estar sobredeterminado por el dualismo metafísico fundamental que nos rige todavía: el dualismo del alma y del cuerpo, del espíritu y de los sentidos, de la idea y de la realidad. Desde Platón, el problema del amor se encuentra en el centro de lo que nos preocupa: nostalgia y búsqueda, promesa de porvenir, tensión hacia, anhelo de elevación y de fusión. Los modos de ser amorosos, eróticos y sexuales tienen una raíz y una orientación unitarias. Sin embargo, un análisis fenomenológico riguroso y fino debería poder describir, tanto en su especificidad como en su horizonte común y universal, las situaciones del ser amoroso, las sacudidas de la sexualidad, los cintileos, las sustituciones y los artificios del erotismo, las contradicciones del amor, los misterios de la pasión. Todo amor tiende a ser “físico”, “afectivo” y “espiritual” a la vez. Un amor se agota más rápidamente cuanto menos rico es en componentes. El amor, aunque realidad total, no deja de tener sus dimensiones, y a menudo uno de los modos del amor, una dimensión, predomina sobre las otras, incluso allí donde todos los elementos coexisten oscuramente. Tal vez haya un instante —por fugitivo que sea— en cada encuentro, en que el todo del amor asoma a través de su cumplimiento fragmentario. El juego entre el todo y la parte es más total y más fragmentario de lo que suele pensarse: todo y parte pueden presentarse como intercambiables y permutarse.

Sin ser el todo del ser, el amor no es un fenómeno aislado. Es una de las potencias elementales de la totalidad (¿habrá que decir humana?), una de sus más altas posibilidades. Es uno de los cursos del mundo y uno de los rostros de todo lo que es, que engloba en su particularidad universal el mundo total, del que es un aspecto. El amor no es tampoco la única dimensión del ser humano, aunque contiene a su manera todas las otras. Lo erótico —como la política— se da a veces como la principal y la más global de las energías del ser humano y del mundo, engañándose así sobre su propio juego.

El amor es inseparable del lenguaje, del trabajo y del juego. Lenguaje, trabajo, juego y amor, en su entremezclamiento, constituyen lo que es y lo que deviene el mundo para el hombre. Los lazos más que estrechos que unen al amor con el lenguaje, el trabajo y el juego, se expresan también en el estilo y en el ritmo de la *producción* y de la *reproducción* del mundo humano y deberían dejarnos entrever el poder oculto y patente de la *técnica*.

Inseparable del *logos*, el amor lo es también de la *poiesis* y de la *praxis*. Su ser en devenir asalta al hombre y le impone acciones y pasiones. El amor no se deja situar sólo en el nivel humano, que tenemos ya tendencia a estrechar demasiado al interpretarlo antropológicamente. Su impulso propio es, en toda su violencia, cósmico, en toda la amplitud de su aspiración, metafísico, en toda su realidad, poético. El poder orgánico y natural de las fuerzas del amor y su organización histórica, social y cultural están (casi) indisolublemente ligadas. Nunca encontramos un amor simplemente natural, y nunca tenemos que vérnoslas con un amor desligado de toda naturalidad.

De costumbre, se inflige al amor una serie de modos de enfocarlo unilaterales o incluso multilaterales. Se clasifica el fenómeno fundamental bajo rúbricas particulares, para agotarlo mejor. Así se urde y se cumple la trama de los enfoques, muy útiles, que se dejan numerar fácilmente. En primer lugar el enfoque *zoológico*, y sobre él viene a insertarse el enfoque

biológico; a él se superponen los enfoques *antropológico* y *sociológico*; el enfoque *ético* y el enfoque *político* se sobrepasan y se ven sobrepasados por el enfoque *teológico* y *metafísico*. Al hacer pasar el fenómeno fundamental por la criba de todos esos métodos y perspectivas o de sus combinaciones sintéticas, comprimido en todos esos pequeños universos, ¿queda aún algo en suspenso? Sigue siendo cierto que así hemos perdido de vista tanto la realidad experimental como la significación del amor, que no nos damos cuenta de lo que es la búsqueda de una constante superación, el deseo de una plenitud orgiástica, la naturaleza profundamente contradictoria y ambivalente propios del amor, realidad vivida y soñada, tangible e imaginaria, abrumadora y fugaz, que se muestra tan rebelde a la meditación.

¿Qué sucede entonces en nuestra vida? No en nuestra vida biológica o afectiva, social o intelectual, sino en nuestra vida efectiva, la que vivimos y morimos, en nuestra existencia misma que, venida de lejos, va más lejos. Desde las curiosidades y las fantasías infantiles hasta las angustias y las iluminaciones de la adolescencia, desde las fijaciones y las aventuras de la edad llamada de la razón hasta las añoranzas y los fantasmas de la vejez, nos enfrentamos al *problema* del amor, *erramos* por los caminos del amor. Esperamos de él el milagro. Nos encontramos adentrados en esas vías amorosas donde ninguna frontera delimita con precisión la prosa y la poesía de la vida. La búsqueda romántica y las intrigas novelescas se mezclan estrechamente a las presiones realistas, a las necesidades de estabilización y a las situaciones sordidas. Desde el principio hasta el fin, nunca comprendemos el amor —siempre multidimensional, polivalente y lleno de interrogantes. Es él quien nos comprende. Del mismo modo nos escapan los lazos que unen la proximidad y la distancia y nos ligan a ellas. No sabiendo muy bien ni lo que deseamos ni lo que obtenemos, no sintiendo lo que significa ese llamado del otro y esa esperanza de poder convertirse en otro y de ser en cierto modo el otro, no concibiendo lo que nos empuja a querer perpetuamente un más allá, no conseguimos entrar en contacto con el corazón del problema, no vemos claro en la constelación donde se unen paradójicamente el amor a uno mismo, el amor al otro y el amor al amor. Por eso los lazos secretos que envuelven la unidad y la multiplicidad no se nos hacen perceptibles. Para el hombre, las mujeres son encarnaciones de la mujer: virgen, madre, sustituto de la madre, esposa, amante, amiga, hermana, prostituta. ¿Qué son y qué llegarán a ser los hombres para la mujer? En cuanto al juego que anima la posibilidad, la contingencia y la necesidad, permanece enigmático para nosotros, y tendemos a pensar ingenuamente que ciertos amores no se realizan.

Sea como sea, la corriente nos lleva y hacemos todo lo que podemos para huir de nuestra insoportable soledad. La práctica y la ética, los problemas y la legislación de la vida erótica giran sobre el eje de la figura monogámica. Las fijaciones “monogámicas”, fugaces o duraderas, son por decirlo así, los moldes en que se vacía la vida erótica, cuando no los desborda. El “drama” que nos es dado vivir parece insoluble, mientras oponemos artificialmente las soluciones a las no-soluciones y las esencias a las apariencias (o incluso a las apariciones). La necesidad profunda de estabilidad, de continuidad y de concentración se encuentra contrabalanceada por la necesidad de renovación, de cambio, de metamorfosis. La problemática del amor no parece contar con una solución. Su continuidad y sus soluciones de continuidad, sus contradicciones y sus fallas, las insatisfacciones que le son inherentes y los sueños despiertos y exigentes no se dejan resolver y satisfacer ni en el plano de las presencias llamadas reales, ni por la fuga hacia lo imaginario y la representación. El hastío mortal proyecta su sombra sobre toda pareja constituida. El mundo corre el riesgo de apagarse a la luz de los cuatro ojos fijos y fijados. De modo opuesto, la permanente búsqueda de lo nuevo amenaza con ser agotadora, disolvente y enloquecedora, no sólo para la pareja, sino para cada individuo. Las fuerzas centrífugas y centrípetas tironean constantemente a los mortales. Algunos dirán que entre los extremos habría lugar para soluciones viables, y no carecerían del todo de razón. Entre todos los impulsos extremos hay mixtos y mixturas de los que está hecha la vida en general y la vida erótica en particular. De cualquier manera, el problema no se deja rehuir. Nosotros somos el problema y el

problema nos rebasa. Hay lucha constante entre la constancia y la inconstancia, el deseo de paz y la tentación de fulguración, el centrar y el descentrar. No podemos abandonar el deseo de afecto y de ternura, de estabilidad y de familiaridad, pero el *demonio* (o sea el *genio*) del descubrimiento y de la revelación, de lo desconocido y de lo inédito no quiere abandonarnos y nos sacude a pesar nuestro. El amor instalado en lo cotidiano está en peligro de hacerse opaco y aburrido; sin embargo, el peligro de una dispersión anodina y de un desparramamiento fútil no es menos grande. No está en nuestra mano pactar ni con unos ni con otros de estos poderes y no podemos vivir sin ellos. El amor-erotismo sexualidad, aunque único en su fuente y en su orientación, no cesa de comprender grados, variantes, niveles; los diferentes rostros del amor no se armonizan. Simpatía, amistad, colaboración en la edificación de una obra, deseo, estado amoroso, ternura y amor no coexisten tan pacíficamente. Constancia y confianza, fogosidad e ímpetu imponen sus alegrías y sus penas y permanecen sometidas al ritmo de la repetición y de la rotación, aun cuando no queramos captar el sentido del retorno —en el tiempo— de lo mismo. Poniendo remedio a la angustia y engendrando la angustia, el amor, en su verdad errática, es el aliado de la inquietud —incluso cuando aspira a la paz. Como ciertos pozos profundos, lo que llamamos, balbuceando, erotismo, es un pozo sin fondo.

La constitución y el mantenimiento de una pareja suponen grandísimas dificultades y pueden animar una obra apasionante que merece muchos sacrificios y exige una apertura constante, un esfuerzo sin reticencias y la aceptación, con generosidad, de cierta tristeza. Lo Uno y lo múltiple, el "aquí" y el "en otra parte", el apego y el desapego imponen cada uno sus exigencias. Lo posible quiere al mismo tiempo ser limitado, actualizarse pacíficamente, y florecer. No es sólo la insatisfacción erótica general —ligada a la insatisfacción de la vida privada y pública de los hombres y mujeres modernos, en los mundos de la existencia, del trabajo, de la política, de las palabras y de las relaciones humanas— la que actúa constantemente como corrosivo en la pareja. La pareja misma, la figura y la estructura de la monogamia, se ha hecho problemática. Ni los enamorados ni la pareja están nunca solos en el mundo; viven perpetuamente su propia crisis y la crisis del mundo, porque no están, en la alianza de su doble soledad, frente al mundo, sino en el mundo. El estilo de vida monogámico es indudablemente el estilo dominante; nada encima de todas las aguas, casi como un despojo; se impone en todas partes. Se admite generalmente que nada, al menos por ahora, podría sustituirlo. En el mundo de la cosificación, de la extrañeza, de la hostilidad y de la tecnoburocracia capital-socialista, la forma monogámica es incluso reforzada: los dos seres que se unen constituyen un foco de resistencia

y de ataque contra el medio ambiente. La pareja monogámica no se apoya en la permanencia del amor (más o menos pasional), sino en la permanencia de la ternura (que puede, de la mano del hábito, reforzarse cada vez más). La pareja realiza una especie de reconocimiento mutuo destinado a reconfortarla. Su ética es la de la ternura: esa ética sostiene y debilita a cada uno de los dos. La necesidad de afecto y de amistad, de reconocimiento y de continuidad, de recogimiento, de unidad y de búsqueda de un centro es mucho más fuerte de lo que suele confesarse. Llegamos así a este resultado aparentemente paradójico: que cada uno de los miembros de la pareja no puede vivir verdaderamente ni con ni sin el otro.

La monogamia de principio no debe ocultarnos lo que sucede en el interior de las parejas. Cada uno de los miembros la rompe cuando quiere y puede, de todas las maneras posibles, en la inmensa mayoría de los casos por el disimulo y el engaño y, casi siempre, en las brumas de la mala fe y de la conciencia sucia. Lo que sucede entre nosotros, a nuestro alrededor, debería chocarnos a todos: reina una extraordinaria, absolutamente extraordinaria y vulgar hipocresía, estupidez y fatuidad masculinas (entre los judíos, los cristianos, los burgueses, los positivistas, los socialistas, los intelectuales y los artistas). Los hombres oprimen a sus mujeres, las engañan y a su vez son engañados y dominados por ellas. Queriendo usar de su libertad, no reconocen la apertura de las mujeres. Los mecanismos sutiles de la homosexualidad, que entran en juego en los celos y en los contactos, conflictos e intercambios entre los seres, no son perceptibles para las almas tiránicas y obtusas. El ciclo infernal de la venganza y del resentimiento mantienen prisioneros a hombres y mujeres, en un universo de *despecho* y de *desprecio*. Cada uno esta celoso del otro, quiere apropiárselo, y cuanto más posesivo y celoso es, más engendra en el otro el deseo de engañarlo, y más sucumbe a su propio y oscuro deseo de ser *engañado*. El mundo de la propiedad privada y todos sus modos de ser, o mejor: de tener, pesa como una maldición sobre el amor (propio), la pareja y la familia, y los priva de una visión y de una vida más sinceras.

¿No podría haber otras perspectivas para las relaciones entre hombres y mujeres? Una perspectiva de libertad recíproca —asumida, distendida y consentida, ejercida con discernimiento, sin crispación ni histeria—, una perspectiva de libertad otorgada a los miembros de la pareja, ¿no podría ser viable? La pareja que se mantiene como pareja, mientras lo quiere y lo puede, ¿no podría vivir una monogamia poligámica y una monoandria poliándrica? Las relaciones excéntricas, cuando son más débiles que el núcleo, mantienen y refuerzan a la pareja. Si se muestran más fuertes —lo cual no es tan frecuente, pues una multitud de lazos mantiene a la pareja—, la hacen estallar y pueden conducir a la formación de una nueva pareja. En esta perspectiva, habría *posibilidad* para una serie de historias vividas en cuanto vida común de cierta duración. Nada se opondría a que la duración fuese "total" y, en cada historia o en una historia única, el juego de las fuerzas centrífugas y centrípetas se desplegaría libremente. Porque debemos también comprender y mantener a la pareja, y no hacer "inconscientemente" imposibles los desarrollos posibles de la misma o de otra historia, regocijándonos del no-desarrollo. Lo que sucedía y sucede de cierta manera, en la opresión y la mentira, la ceguera y la tontería, podría desarrollarse al aire libre y transformar la vida humana. El ejercicio de la libertad de que se trata no es un ejercicio de estilo: no está libre de esfuerzos y de sufrimientos, golpes y heridas, opciones y alternativas; puede, sin embargo, ser intentado y practicado, si sus propias dificultades son asumidas y si los dos compañeros no abandonan la simpatía que liga y el respeto recíproco, sin los cuales no tendrían motivo para vivir juntos. ¿Es impensable? ¿Es irrealizable? ¿Hay cosas justas en teoría e irrealizables en la práctica? ¿Habría otros caminos y otras actitudes que no logramos representarnos?

Naturalmente y socialmente, los hijos plantean un mundo de problemas específicos, a la vez intrínsecos y extrínsecos a la pareja. Realización de los padres y mediación de la negatividad, es también a través de ellos como la pareja se inscribe en el devenir. Parecen necesitar de un ambiente familiar estable —lo cual no significa: martirizador o martirizado. Parecen necesitar de una constelación afectuosa y afectiva que se mantenga— lo cual no significa: que deba sacrificarse por ellos. ¿Cuáles serían las repercusiones de la fluidificación de la pareja en los niños? ¿La familia social, la comunidad más vasta se hará cargo de lo que rebasa a la pequeña familia, a la comunidad cerrada? ¿El estilo de desarrollo de los niños no puede cambiar también? Nadie puede dar una respuesta esquemática a estas preguntas. A la nueva situación, a las nuevas vías del devenir, no dejarán de corresponder soluciones nuevas. No



La guivre-guenegote. Dibujo de Félix Labisse

serán enteramente satisfactorias, pero tampoco lo eran las antiguas.

Actualmente, se trataría de hacer surgir toda la problemática del amor. Sería tiempo de lograr llevar hasta el lenguaje la multidimensional dimensión erótica. ¿Para decirlo todo? Para decir en todo caso lo que habitualmente se calla. Para hacer estallar el universo asfixiante del engaño y de la escotomización. Se dice que el amor, el erotismo y la sexualidad no soportan una verbalización brutal y total. Podríamos, sin embargo, empezar a decir infinitamente más y respetar igualmente la dulzura y la fragmentación. Podríamos incluso aprender a man'ener —dentro de la esfera de la mayor transparencia posible— ciertos sectores de sombra y de silencio, incluso de disimulo, pero reconociéndolo abiertamente. ¿Nos damos cuenta tan siquiera de que nunca todavía ha sido dicho —sin demasiados análisis científicos y sin demasiada literatura— lo que sucede antes, en el momento y después de un acto sexual?

¿Qué buscamos en y por el amor? Alcanzar el Ser a través de un ser (aunque ningún ser podría ser el todo y la apertura del ser), alcanzar la Totalidad a través de uno de sus fragmentos (que nunca la agotan, aunque la presentifiquen), alcanzar un momento de plenitud del Mundo (en un mundo particular), alcanzar lo universal en y por un individuo, alcanzar la comunicación en el diálogo (de ningún modo completo), alcanzar la salida extática: ser verdaderamente cesando de ser y, fuera de nosotros mismos, encontrarnos y perdernos. Se admite que el amor realiza la coincidencia de los opuestos. Pero no nos atrevemos a aprehender la coincidencia y no respetamos los opuestos. Deseamos lo que se ofrece y lo que se retira, y apenas conseguido lo uno soñamos con lo otro. Lo positivo nos remite a lo negativo, lo negativo a lo positivo. La búsqueda amorosa y erótica se presenta incluso menos como una búsqueda positiva de la felicidad y del placer —no está orientada hacia una plenitud compacta— que como un esfuerzo para suprimir una necesidad, una falta, un vacío. Lo que buscamos en el amor es la tensión hacia... El amor nos vuelve atentos. Coincide con cierta vección de la atención. Sin embargo, es el impulso mismo el que nos impulsa, infinitamente más que el ser el que nos atrae. El impulso es más fuerte que sus concretizaciones y sus fijaciones: es él el que nos pone en movimiento y nos hace amar el amor.

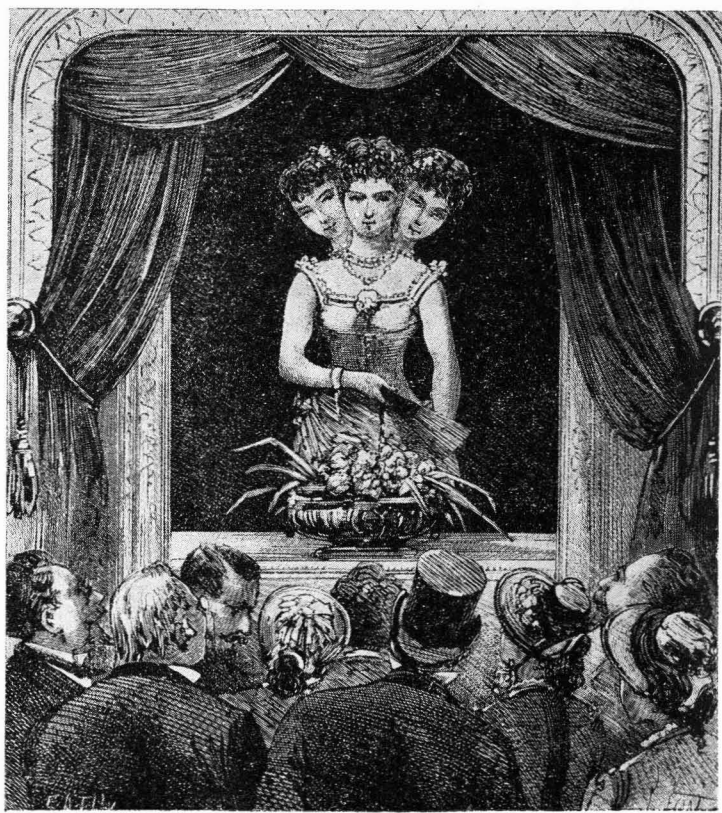
¿Qué amamos pues en el amor? Sin duda sospechamos, con Pascal, que amamos la *búsqueda* de las cosas más que a las "cosas", pero el amor de la búsqueda y la búsqueda del amor esconden todavía celosamente sus secretos. La embriaguez y la tristeza que marcan con su sello todo amor nos hacen entrever que tocamos en el amor los momentos mismos en que lo universal sucumbe a la miseria y resplandece a la luz de la individuación, puesto que universo e individuo son cada uno la máscara y el rostro del otro. Y nada es único, salvo el mundo abierto en cuanto horizonte supremo que delimita todos los mundos.

El impulso que anima al amor, al erotismo, a la sexualidad, implica decisivamente una necesidad de conocimiento (Adán conoció a Eva...), y de reconocimiento, de pérdida del conocimiento y de olvido. Se trata, con toda seguridad, en todos los modos de ser del amor, de poder comunicar (¿qué, exactamente?) y de hablar. Cuanta menos comunicación, inteligencia y convivencia reinan, menos puede desplegarse el amor. El eros es inseparable del logos. A la naturaleza profundamente lingüística del amor corresponden —desbordándola— su carácter globalmente poético. La fulguración erótica sacude de cabo a rabo la prosa de la vida cotidiana y no se deja medir por la vara de la duración cuantitativa. El encuentro de otro ser no conoce tan sólo los altibajos inevitables: sucede en el *tiempo*. Es con, en y "contra" el tiempo como todo amor y todo impulso cumplen lo que tienen que cumplir —sin fracasar ni lograrlo— y se quiebran. Pero los fenómenos del amor, como todos los fenómenos, no se manifiestan con una claridad perfecta, y el tiempo no es ni la sucesión de los instantes ni lo contrario de la eternidad. En toda historia de amor marcada por la intensidad, nos parece que el amor que vivimos y que perseguimos porque nos persigue es un juego que se reanuda, que se repite, un juego precedente, un preludio, y que está destinado a sobrevivir a todo. Es como si hubiésemos conocido ya lo que hemos de conocer y que sólo podemos conocer porque ya lo conocemos (de igual manera: no podemos conocerlo puesto que no lo conocemos ya), pues el juego se convierte en lo que fue, es y será. El lenguaje que habla en términos de predestinación y de reminiscencia, de repetición terrestre de un juego celeste, concede demasiado a la mitología y a la alegoría: su simbolismo secundario solidifica los símbolos. En realidad, todo

drama humano —piénsese en Fausto— desarrolla, en el transcurso de su errancia, en sus extremas consecuencias y en la mezcla inevitable de inconsecuencia, hasta en el epílogo si llega bastante lejos, lo que se ha representado ya en el preludio, lo que el prólogo anticipador anunciaba. Ahora bien, mientras nos mantengamos en los límites de la concepción y de la experiencia vulgares del tiempo, seremos incapaces de oír sonar las horas del amor. La memoria y los recuerdos fugitivos o tenaces, fugitivos y tenaces, esperan que los exploremos y los utilicemos fértilmente, lo mismo que los presentimientos, los sentimientos y los resentimientos. Porque instante y duración se disfrazan detrás de máscaras mientras tengamos miedo de vivir y de meditar el ritmo del tiempo. El deseo profundo de lo que permanece y sigue siendo en el devenir espera ser comprendido en la profundidad de la temporalidad.

Construir una vida entre dos o una familia es una empresa que implica su propia grandeza, y el destino de un hogar puede constituir una aventura. La unión de dos seres puede, a través y a causa de las crisis que la atraviesan, vivir, en la duración temporal, no sólo el inevitable adelgazamiento del amor y el pequeño infierno conyugal, sino también un reforzamiento y una profundización. Y sin embargo, ¿es más verdadera la red de los brazos duraderos que un encuentro de breve duración, un contacto llamado instantáneo? ¿Una historia de amor extremadamente breve es menos verdadera que una larga vida en común? ¿La historia de un hogar y la historia de un corto acercamiento no se sitúan bajo el signo de la misma errancia fundamental?

Ninguna pareja tiene el poder de acallar la voz de la negatividad. El amor, por lo demás, debería poder instruirnos sobre las enormes debilidades de la voluntad y hacernos comprender lo que significa ese rebasamiento de la voluntad que el amor, en cuanto movimiento o en cuanto detención, realiza. En el mundo del amor y de todos los amores, la voluntad está vencida de antemano: cuanto más queremos una "cosa", más se escabulle. La conciencia de uno mismo es ilusoria. Los amores no marchan más que cuando nos llevan de la rienda; no cuando queremos echarlos a andar. Cada pareja, cualquiera que sea, incluye un tercer personaje, continuamente presente. El tercer ángulo del triángulo fundamental es la muerte. Con o sin amigo de la mujer, con o sin amiga del hombre, con o sin recuerdos abrumadores, paternos o maternos, con o sin niños, con o sin clara perspectiva de apertura, los dos miembros de cada pareja se enfrentan constantemente a un tercer poder: el poder de la ausencia, el devenir de la negatividad, la muerte. En el tiempo del amor, nos está deparado experimentar la muerte. Habitualmente, es sólo a través de la satisfacción como la negatividad entra en escena, y es sobre todo entonces cuando es más fecunda. Además, en cada fase de la vida de una pareja, siempre y necesariamente, alternativa o principalmente, uno de los dos compañeros es portador de la negatividad — uno de los dos no



La mujer de tres cabezas (Nature)

duerme en casa, real o imaginativamente. La pareja no sería ni siquiera pareja sin esta tensión centrífuga que la ata y la desata.

En nuestros días, en que el conformismo más chato, la restauración general de todo lo que fue puesto en tela de juicio y el reino de las instituciones no cesan de asfixiar las fuerzas vivas del ser humano —en el Oeste y en el Este, y no sólo las del hombre empujado del humanismo—, y en que, conjuntamente, se desarrolla un antifilisteísmo igualmente chato y mediocre, el juego de las fuerzas de la sexualidad, del erotismo y del amor es de extraordinario alcance. No es que no empiecen a formarse oasis eróticos en el desierto del nihilismo planetario. Hoy que la permanencia carcomida de las formas de vida “cristianas”, “burguesas” y “socialistas” empieza a ser visible y que podemos ya entrever la ceguera y la fundamental hipocresía de la ética sexual de las comunidades y de los grupos llamados revolucionarios, marxistas, freudianos, surrealistas, etcétera), la puesta en duda del amor —y la liberación de su problemática y de sus exigencias— puede estar llamada a desempeñar un papel importante. Se trata de abrirse a las fuerzas productivas del impulso erótico y de la decepción, a la permanente tentación y a la dentellada: aceptando, gracias al rebasamiento de la fijeza del placer y del sabor amargo del disgusto, las ocasiones y la dureza del destino deparado al hombre que avanza —a través de la profusión de artificios multiformes— hacia un despojo total. La alegría y la tristeza, en la medida en que todavía existen, tienen que cumplir un giro decisivo y nosotros tenemos que sobreponernos igualmente a la dialéctica del amor y del odio para comprender el núcleo energético del amor: el acorde discordante. Ahora bien, mientras permanecemos encerrados en la creencia ingenua en las presencias físicas y nos desdoblamos en el mundo de las representaciones metafísicas, es decir, mientras la ecuación presencia-ausencia siga siendo muda para nosotros, seremos incapaces de “reinventar” el amor.

Siendo el mundo lo que es y transformándose en lo que puede y debe transformarse, ¿no podríamos, desde ahora mismo, reconocer que cada vez que en una mezcla de ardor y de desaliento dos seres logran encontrarse y amarse —lo cual significa también: acostarse juntos—, expresando así la fogosidad, la negatividad y la trascendencia, esto es positivo? Cada vez que dos seres se ponen a existir y a coexistir —aunque sólo fuese por un instante— puesto que su abrazo implica un abrazo de los cuerpos humanos y del mundo la pregunta puede surgir y abrir un horizonte. Cada vez que dos seres se abren y se penetran, rompen las convenciones opresivas de las estructuras y de las superestructuras, hacen volar en pedazos las palabras embusteras que se profieren en la grisura habitual. En los momentos mismos en que obedecemos a las voces subterráneas del devenir, poniéndonos a escuchar lo que pesa ominosamente sobre nuestro corazón, hacemos sitio a nuestra aspiración hacia un fulgor terrestre tanto como celeste, respetamos una interioridad pisoteada por el mundo empírico y por nosotros mismos, y miramos en los ojos al espejismo verdadero de una figura altiva de la que el tiempo se hará cargo.

Dejarse ser con otro ser del mundo —porque se expresa mal lo que sucede cuando se piensa y se dice que se hace el amor— abre posibilidades inéditas. La entrada, aun por un momento, en el mundo del sexo, que no es sólo el del sexo, puede permitir el despliegue de los poderes diurnos y sobre todo nocturnos, que de costumbre pisoteamos. Incluso cuando los que se acuestan juntos no saben quiénes son ni lo que hacen, están maduros para fuerzas fundamentales que los sobrepasan. Más aún: en las primerísimas miradas y contactos que asaltan a dos seres, cada uno de ellos reconociendo en el otro la proximidad y la distancia, se revela un mundo en el horizonte del Mundo —suceda lo que suceda después. En cada nuevo amor, el mundo vuelve a hacerse nuevo —extrañamente real y atrozmente irreal— y el asombro nos hace sensibles a lo que la monotonía recubría. La invasión del amor trastorna las atmósferas, hace llegar a los seres y a las cosas a cierta poética, los deja sucumbir ante el rayo cósmico y la violencia natural. Sin duda no concordamos bastante con la sospecha que nos hace entrever que el comienzo, que implica ya su fin, podría ser más “verdadero” que la verdad de la errancia que marcha necesariamente hacia su cumplimiento. Cuanto más nos dejamos asaltar por el amor y más directo y penetrante es el contacto, más se deja abrir la llaga, y más se convierte también el sexo en un equivalente del Ser, como él “nadador” y “nadado”.

La posición que dice: los humanos pueden y deben juntarse cada vez que les sea exigido imperiosamente —sin olvidar por ello que todo lo que se manifiesta se retira igualmente— puede parecer cuestionable; lo es en efecto, pero es sobre todo cuestionadora. Puede ser que cierto abandono de la libertad, ofre-



La aventura permanente (Félix Labisse)

cido y consentido como un don, y sin demasiadas represiones ni actos de sustitución, sea indispensable para el mantenimiento de lo que liga a dos seres, incluso si evitan formar una pareja cerrada, replegada sobre sí misma. ¿En qué tiempo? Es posible que una distinción más grande entre la historia principal y las historias secundarias y terciarias sea necesaria. ¿Pero no reclaman todos los planos su reconocimiento y sus satisfacciones? Pudiera ser que tengamos que experimentar la paciencia y la espera, sin creer que se pierde o que se gana tiempo. Sin duda no hay reglas generales, válidas para todo el mundo y para todos los momentos y las épocas de la vida. ¿Podríamos aprender a disciplinarnos mejor, practicar incluso cierta ascesis, a orientar nuestros sentidos y nuestros sentimientos, nuestros fantasmas y nuestros pensamientos? Quizá.

A igual distancia del moralismo que del amor planificado en marcos fijos, del anarquismo y de la práctica voluntaria o inconsciente de la simple lujuria, habría que reconocer que el surgimiento del amor que marcha hacia su cumplimiento arrastra la problemática del amor. Se trata de sacudir las vidas humanas hundidas en el reino gris de la medianía, normal y moral. Se trata, al mismo tiempo, de impedir la caída del amor en el imperio del asco y de la anodina facilidad. Sin duda el problema no tiene solución; la práctica de la disolución no constituye una solución. Sin duda hay todavía otras posibilidades —que todavía están ocultas para nosotros. Otros juegos son también posibles.

De todas formas, es necesario destrabar el poder del amor de toda traba opresiva y de todo engaño literario. No es sólo para los angustiados, los insatisfechos, los descontentos, los inadaptados, los desarraigados, para quienes la sexualidad constituye un nexo con el mundo. Para toda alma ardiente, el paso por la sexualidad hace posible un rebasamiento de la trivialidad, un acceso al éxtasis — en la plenitud (fragmentaria) tanto como en la quemadura (productiva). Incluso un encuentro erótico en una atmósfera de tibieza o de emboamiento, de rechazo o de imposibilidad, de insignificancia o de discordancia, contiene sus propios elementos reveladores y emite signos. Es obvio que la multiplicación de las pequeñas experiencias, de mala gana tanto para el corazón como para el cuerpo, la acumulación de los amoríos por imposibilidad de vivir una historia, es probablemente estéril. Si no ponemos una atención vigilante en la problemática del amor, estamos amenazados por la arritmia. Es que el erotismo se hace fácil, y ante todo un signo de ansiedad infecunda, de insatisfacción puramente neurótica, de avidez posesiva, una coartada y una huida, una práctica del desgaste, un mecanismo de repetición, un proceso suicida, una cómoda búsqueda de la muerte gris. El erotismo es un arma de doble filo.

Nuestra época, con su exangüe e insaciable curiosidad, se asoma a la vida apasionada de los grandes hombres. En lugar de comportarnos para con ellos como filisteos, habría que meditar el orden y el desorden de su existencia y de sus sueños, captar cómo y por qué no pudieron aceptar conformarse a la regla, sucumbiendo a su vez a las mentiras. Pensadores, poetas, artistas y hombres de acción deberían poder mostrarnos el problema del amor a la luz de su problema. El "Prólogo" de *Más allá del bien y del mal* —"Preludio a una filosofía del porvenir"— comienza por plantear esta pregunta nietzscheana: "Suponiendo que la verdad sea mujer, ¿no tendríamos fundamento para suponer que todos los filósofos, en la medida en que fueron dogmáticos, no saben nada de mujeres? ¿Que la horrosa seriedad, la torpeza importuna que han desplegado hasta ahora para conquistar la verdad eran medios de lo más tosco y de lo más inadecuado para conquistar a una mujeruca?" Tanto el individuo como la sociedad reconocen oscuramente la existencia de cierta problemática del amor, aun cuando la restrinjan y la vuelvan trivial. Podría parecer que la libertad sexual es individual y socialmente insostenible, ya que cada hombre y cada comunidad reaccionan ante el miedo a la libertad, ante la nada en la que se creen sumidos por las exigencias de un ser en devenir que no se deja fijar. Ah, sin duda, puesto que todo debe ser liberado, el amor debe serlo también. No debe quedarse atrás. Pero ¿por qué no avanza?

Desde el siglo XIX se ha desencadenado toda una serie de movimientos convergentes con un centro común que se remonta más lejos. Estos movimientos de liberación, de rompimiento de los marcos, estos procesos del mundo existente, aunque aspiran demasiado apresuradamente a una positividad nueva e instituyen demasiado a menudo nuevas tiranías, desencadenan sin embargo las fuerzas liberadoras de la negatividad y de la trascendencia, rompen un poco las reglas de un juego que ya no puede jugarse.

La exigencia de la *liberación económica* pone en el orden del día el desarrollo integral de las fuerzas productivas y su gestión por los trabajadores emancipados. La exigencia de la *liberación política* plantea el problema de las estructuras estatales y de la enorme máquina burocrática y administrativa. La exigencia de la *liberación de los pueblos colonizados* empuja a los hombres y a los pueblos sometidos a inscribir su propia historia en la Historia. La exigencia de la liberación con respecto a autoridades *teológicas y religiosas* hace surgir un conjunto de preguntas, todavía insuficientemente aclaradas. La liberación de las formas "y" de los contenidos *poéticos, plásticos y literarios* prosigue su camino, sin saber hacia dónde se dirige. La liberación con respecto al *esquema racionalista y científico de tipo analítico y cerrado* empieza a ser fecundo. La exigencia de la *liberación de la mujer*, de su emancipación económica, jurídica, política, ética y cultural, aun cuando conduce a menudo a la inversión del antiguo estado de los seres, sin romperlo, abre a la mujer para el dominio de la conciencia de sí misma y de la técnica, y la hace tropezar en su marcha conquistadora. ¿Qué sucede con la *liberación erótica*? La exigencia de la liberación del eros ha surgido ya, se han hecho ya tentativas teóricas y prácticas. Sin hablar de ciertas visiones y de ciertos esbozos de realización, basta considerar lo que sucedió en la Rusia soviética. En los primeros años de la revolución, la familia, o sea el matrimonio y la herencia, fue abolida en provecho de las uniones libres, contraídas y rotas libremente. Marxismo y psicoanálisis debían cooperar en la liberación erótica. La experiencia se malogró. ¿Era un fracaso, o es que las fuerzas de la restauración triunfaban? ¿Condujo el amor libre a una excesiva anarquía? En resumen, se restableció el matrimonio, las dificultades para el divorcio, un nuevo derecho de sucesión — y la purificación indispensable. La familia, el estado de fortuna, la herencia, el Estado y la hipocresía habían sido restaurados. Cuando Lenin formuló su versión de la tan vulgar y materialista teoría del vaso de agua —del mismo modo que no nos gusta beber en un vaso que ha servido a otros, así una mujer que se ha acostado con otros hombres asquea al hombre limpio— el giro estaba ya hecho en la práctica. La limpieza —y la propiedad¹— se pusieron a reinar con toda su suciedad. El orden social y moral está en auge en todas partes.

¿Es preciso concluir una vez más que todas las sociedades y todos los grupos reprimen la sexualidad, canalizándola según sus propios fines? ¿Que la "libertad" es intolerable e inconfesable tanto para los individuos como para la sociedad? ¿Puede permitirse una sociedad otra cosa que el eros institucionalizado? La crisis de las instituciones es bastante evidente, y su crítica —nunca bastante fundamental— rezuma por todas partes. Deberíamos sin embargo reconocer que las instituciones, las antiguas, las nuevas y las que creamos, aunque vacías y vaciadas,

¹ Juego de palabras intraducible: *propreté*: "limpieza"; *propriété*: "propiedad".

poseen siempre su razón de ser. No basta con denunciar el conformismo y la restauración; hay que desmontar su mecanismo profundo y sutil, tener en cuenta su necesidad, captar su parte de verdad. Los *Principios de filosofía del derecho* del viejo Hegel, que provocaron las críticas fulminantes del joven Marx, nos rigen todavía, y no logramos meditar su unidad contradictoria (a la cual pertenece la crítica de Marx). La sociedad civil va de la institución de la familia al Estado. La verdad de la cosa pública impone sus necesidades. ¿Puede alguna vez ser unitaria con los estremecimientos de la vida privada? Hegel, el "conservador", era igualmente filisteo y sacrificaba a la contradicción: adoraba a su mujer y se acostaba también con el ama de llaves. Hegel, el burgués, y Marx, el socialista, esposos y padres de familia libres de toda sospecha, tenían también, además de sus hijos morales y sociales, hijos "naturales". La erótica —como la política— implica la mala fe y la falsa conciencia; vela lo que es y lo que hace. Para que fuese de otro modo, habría sido necesario que el hombre y la humanidad tomasen un camino infinitamente más rudo y arduo. ¿Lo pueden, lo quieren? La marcha hacia la socialización, el curso mismo de la historia humana, moviliza al eros universal para que éste aglomere a los humanos en comunidades cada vez más vastas, hasta la formación de una total unidad colectiva y planetaria. Este proceso violenta al eros individual, le pone diques, lo organiza. A las fuerzas fulgurantes les toca luchar contra su opresor. En una época que rinde pleitesía tan estúpidamente a la manía y a la ilusión de la desmistificación, sería tentador saludar toda tentativa que revelase escandalosamente los secretos y las maquinaciones eróticas del grupo.

Además, tanto el amor como el erotismo y la sexualidad parecen ajustarse bastante bien al curso del mundo existente y en devenir. Forman parte de él. Porque ¿cómo se manifiestan hoy el rostro "celeste" y el rostro "corriente" del eros? La época de la tecnicidad mundanizada trastorna de cabo a rabo los resortes eróticos (¿sobre todo en Occidente?). Se habla muchísimo de sexualidad. Se la fabrica, se la distribuye, se la consume, se la vuelve a fabricar. Se la estudia científicamente, bajo todos sus aspectos. Se quiere cavar su lecho, tratarla terapéuticamente, encontrarle una solución social. Todo lo que es y lo que se produce supone un coeficiente erótico —femenino más que masculino. Las niñas, las muchachas, los jóvenes —¿hay que recordar que no tenemos absolutamente ningún estilo de vida que proponer a las muchachas y a los jóvenes?—, los hombres y las mujeres luchan frenéticamente, y con mucho hastío, para participar en la fiesta y en el carnaval, en el mundo de la voluntad y de la representación. El artificio nos domina a todos. Sin duda, el juego y el combate del amor implicaban siempre —y no pueden dejar de implicar— cierta teatralidad, una dimensión de comedia. La "verdadera vida" quizá no ha sido nunca una vida que pretenda hacerse pasar por real. Sin embargo, otras posibilidades se ofrecen ahora a la errancia que la comedia humana prosigue.

¿Hombres y mujeres están un poco fuera de fase, no saben ya muy bien a qué atenerse? ¿Sobre todo los hombres? ¿Sobre todo las mujeres? En todo caso, la parte femenina y la parte masculina del universo humano se agitan. Sin embargo sólo los eunucos o las mujeres sin ninguna abertura podrían no sentir lo que sucede. Son los poderes de la representación y de la imaginación inauténticas las que, en efecto, están desencadenadas. Quien se lanza, casi a galope tendido, a una carrera errante, es el "pseudo"-erotismo. Este erotismo no conoce ni siquiera la errancia fundamental, ya que está desprovisto de todo alcance. La expansión del erotismo artificial y mecánico, cosificado y masturbatorio, centrado en la subjetividad más bajamente psicológica y, por consiguiente, en las objetivaciones más áridas, la expansión del erotismo de los sueños tontos y de las desabridas ensoñaciones, oprime toda verdadera presencia del eros y se cierra al enigma de la ausencia. La pseudoliberación erótica, tanto en la vida llamada real como en la imaginación baldada, no hace sino anonadar el amor y la sexualidad. Lo mismo el amor institucionalizado y esclerótico que el amor falsamente liberado matan todo impulso amoroso, erótico, sexual. Una ola de asexualidad efectiva se propaga. La cascada de erotismo fabricado y tecnicista corre parejas con el puritanismo y el moralismo más insípidos. Por todas partes se hace cuestión del amor y en ninguna parte el amor entra en cuestión. Los talentos eróticos antiguos se mueren y no se desarrollan nuevos talentos. Los extraordinarios estimulantes de todas clases parecen incapaces de poner y mantener en movimiento a hombres y mujeres que no caminan ni se tienden sino que reptan. ¿Cómo romper el bloqueo de las palabras y los gestos de amor? Habría que osar. ¿Muere el amor con los dioses? ¿La naturaleza se retira al hacerse objeto de la técnica? ¿La vida erótica sucumbe ante la multiplicación frenética de las impresiones y de las expresiones? ¿La vida por intermediarios, la participación en

la magia por interpósita persona ha derrotado a lo que suele llamarse —sin saber muy bien de qué se habla— vida? La época de la rebelión de las masas, de la violación de las multitudes solitarias y de la socialización en masa y burocráticamente, ¿cómo se cierra y se abre al amor? En el corazón de una época sin alma, en que la insatisfacción está destinada a crecer, gracias precisamente a las multiformes e informes satisfacciones, pues satisfacción e insatisfacción crecen proporcionalmente, ¿cómo puede perseguir el amor su imposibilidad necesaria? ¿La universalización, la generalización, la socialización del amor no permitirán ya la eclosión del amor — fuera de algunos casos excepcionales? ¿Cierta muerte del amor nos abrirá perspectivas humanas nuevas y nos dará otro gusto para el amor de la muerte?

La desexualización y la pérdida del amor por su insípida realización no están más que en su primera fase. Tienen mucho camino por delante. No es el allanamiento de las dificultades, la pretendida facilidad, la ruina de las antiguas prohibiciones las que conducen a esta situación. Desdichado poder el del eros



La rose-pleurs (Dibujo de Félix Labisse)

si su fuerza actuante no pudiese desplegarse más que para rodear el obstáculo. Eros parece perder el poder interno que aspira a manifestarse: se hace superficial, exterior, intercambiable, se ahoga en la multiplicidad irritante e insignificante de las diminutas excitaciones y de las diminutas saciedades. Los que hablan de la caída del amor-erotismo-sexualidad en la insignificancia están todavía lejos de ver su caída en la impotencia y la frigidez — psicosomáticas y globales. Los pasos que el amor moderno da —en el encadenamiento de la supresión, del rebasamiento y de la universalización— son sin duda pasos necesarios. Las nuevas metamorfosis del amor lo liberan de las antiguas mentiras y de los disimulos, hacen visibles las taras del pasado y sustituyen los errores antiguos por errores nuevos.

En el mundo de las realidades y de los problemas sexuales, eróticos y amorosos se desarrolla en nuestros días toda una cadena de fenómenos encadenados y encadenantes, de los que se intenta sacar lecciones para el porvenir. Los límites del naturalismo primitivo, antiguo, campesino, feudal y burgués retroceden, y en los terrenos conquistados se implantan las banderas conquistadoras del tecnicismo y de la ideología.

Asistimos y contribuimos al proceso de la masculinización de la mujer. Abandonando su naturaleza antigua y milenaria, naturaleza informada por la sociedad histórica y la cultura, la mujer se emancipa y se viriliza. ¿Será la mujer —¿cósmicamente?— más inteligente que el hombre? El mundo de hoy presenta esta apariencia. ¿La mujer llegará a pensar? La mujer está a la vez del lado de la permanencia y se inscribe más fácilmente en el devenir. Aliada de la naturaleza, la mujer maneja al mismo tiempo la técnica y se deja manejar por ella sin dema-

siados escrúpulos. ¿Es, llega a ser el sexo más cíclico, más plástico, más resistente, más fuerte? Es ella quien escoge al hombre, lo mantiene o lo deja. En casi todas las parejas, es ahora la mujer la que domina. Por supuesto, la dialéctica del amo y del esclavo es reversible y las victorias conducen a una pérdida. La mujer está bien preparada para volar en el espacio intersideral. Pionera del nihilismo, quiere todo y el Todo, en tanto que nada y Nonada. Conjuntamente, el hombre se feminiza, y el mundo entero de las apariencias y de las apariciones se feminiza también. La figura de la mujer, el rostro femenino ejercían y siguen ejerciendo un poderoso encanto; atraen irresistiblemente; pero ahora hacen más que eso: ponen su señal y su imagen en todas partes. El sexo del mundo, si así puede decirse, se hace femenino; su abertura lo engulle todo y posee una prominencia penetrante. El hombre vacila: ya no es el hombre sino la mitad masculina del universo; ya no es la mediación mayor entre la mujer y el mundo. La antigua lucha de los sexos entra en un nuevo período; lo que resultará de esta doble metamorfosis no es previsible. ¿Cuál será en lo sucesivo el acorde discordante entre el hombre y la mujer? ¿Habrá una radical negación de la negación? ¿Por qué, en el transcurso del devenir que nos arrastra, toda aprehensión de las relaciones actuales entre los hombres y las mujeres toma el aspecto de una descripción fragmentaria de un desastre? Reconociendo que ni el hombre ni la mujer poseen el falo, ¿no podríamos abrírnos a un nuevo estilo de amor y de pareja en que hombre y mujer se encontrarían y se reconocerían?

A falta de respuestas que bloqueen la pregunta, podemos tratar de aprender y volver a aprender. Meditando "sobre" la vida y viviendo nuestras meditaciones. Nos aparece entonces que la esencia ontológica del ser humano —del hombre tanto como de la mujer— es histórica, siendo así que la naturaleza humana que existe de veras no existe sino en la historia de los hombres y del mundo. Nos toca tomar conciencia de lo que la humanidad sabía desde hace mucho tiempo: que la constitución del ser humano supone una radical bisexualidad y que cada uno tiene su parte de *animus* y de *anima*. El problema de la fusión de las dos mitades —¿simétricas?— ha de plantearse de nuevo, para el ser humano, para cada sexo tomado separadamente y para el encuentro —armonioso y combativo— de los hombres y de las mujeres. Tenemos que explorar los modos y las significaciones de la juntura de la mitad masculina y la mitad femenina en el seno de cada ser humano y en el nivel de las relaciones entre los dos sexos. Estas mitades se buscan en la no-transparencia diurna y en los relámpagos de la aventura nocturna. Estamos ya casi listos a dejar tras de nosotros las ingenuidades y las esquematizaciones que oponen la actividad masculina a la pasividad femenina, a no fijar la esencia del macho y la de la hembra. La relación que cada uno mantiene con su propio ser y con el ser del otro sexo se hace así turbia y turbadora, y la perturbación no puede sino acrecentarse en los dos fragmentos de la totalidad humana. Sería necesario despejar también un terreno que permita plantear de nuevo el problema de la homosexualidad.

No obstante, toda esta problemática está en la obligación de permanecer abierta. Porque, a fin de cuentas, si es que hay un fin de las cuentas, ¿nos encaminamos hacia la instauración del hermafroditismo y del andrógino, o sea hacia un estado bisexual, o hacia un estado asexual, una comunidad sin sexos, o hacia el reino de seres neutros, más o menos asexuados, o hacia un matriarcado generalizado en que todos los seres tenderían a hacerse "ginecoides"? Por supuesto, todos estos "estados" serían de un tipo nuevo. Al plantear brutalmente la cuestión radical, llegamos también a preguntarnos: ¿no podría tratarse, ya desde ahora, de una marcha hacia un rebasamiento radical de la sexualidad?

Profundo y vacilante pensador de la técnica, audaz y tímido anunciador del mundo por venir, Marx asocia más que estrechamente trabajo y sexualidad, producción y reproducción de la vida. Según él, "la división del trabajo no era originariamente sino la división del trabajo en el acto sexual" (*Id. All.*, t. iv de las *Oeuvres philosophiques*, ed. Molitor, p. 170). Y como es sabido, el fundador del marxismo preconiza la supresión del trabajo y de la división del trabajo tales como han existido. ¿Entonces?

Alejándose de toda teoría beata o sofisticada sobre la sexualidad, Freud, en el umbral de la muerte, pronuncia palabras graves. En su escrito *Malestar de la civilización*, el fundador del psicoanálisis describe las represiones sociales y culturales que padece la sexualidad e insiste en el hecho de que "la estructura económica de la sociedad ejerce igualmente su influencia sobre la parte de libertad sexual que pueda subsistir" (in *Revue Française de Psychanalyse*, núm. 4, 1934, p. 730). Pensando que la civilización occidental-europea —que abarca el planeta entero— ha alcanzado un punto culminante en esta desnaturalización que



Harpia (Grabado sobre madera de Aldrovandi)

restringe mortalmente la sexualidad, Freud esboza el cuadro de la vida erótica normal, o más bien de las prohibiciones eróticas normativas, de los hombres civilizados, aunque sacrifica demasiado al subjetivismo y al objetivismo. "La elección de un objeto por un individuo llegado a la madurez sexual estará limitada al sexo opuesto, la mayoría de las satisfacciones extragenitales estarán prohibidas en tanto que perversiones. Todas esas prohibiciones manifiestan la exigencia de una vida sexual idéntica para todos" (*ibid.*). Desembocamos así en esa situación en que "lo que permanece libre y escapa a esta proscripción, es decir el amor heterosexual y genital, cae bajo nuevas limitaciones impuestas por la legitimidad y la monogamia. La civilización de hoy da a entender claramente que admite las relaciones sexuales con la única condición de que tengan por base la unión indisoluble y contraída de una vez por todas, de un hombre y de una mujer; que no tolera la sexualidad en tanto que fuente autónoma de placer y no está dispuesta a admitirla más que a título de agente de multiplicación que nada hasta ahora ha podido sustituir" (*ibid.*, p. 731). Freud sabe reconocer igualmente que "sólo los débiles han podido acomodarse a una tan amplia ingerencia en su libertad sexual" (*ibid.*). Pero cuando Freud rebasa sus propios límites es cuando sabe ver que "la vida sexual del ser civilizado se encuentra a pesar de todo gravemente lesionada; da la impresión a veces de una función en estado de involución" (*ibid.*). Y, dando todavía un paso más, poniendo en cuestión la posibilidad misma de la satisfacción completa, puesto que nuestra resistencia a la sexualidad se encuentra con la resistencia de la sexualidad misma, Freud escribe con serenidad: "Se cree a veces discernir que la presión civilizadora no sería la única que estaría en tela de juicio; algo que atañe a la esencia de la función misma acaso rehúsa concedernos plena satisfacción y nos constriñe a seguir otras vías. Es quizá un error; es difícil decidirlo" (*ibid.*, p. 731-2).

En tercer lugar, citaremos a Heidegger. En sus *Ensayos y conferencias*, y más precisamente en el ensayo titulado *Rebasamiento de la metafísica*, Heidegger, que no es el fundador del existencialismo, ve y prevé que "puesto que el hombre es la más importante de las materias primas, se puede dar por descontado que un día, sobre la base de las investigaciones químicas contemporáneas, se edificarán fábricas para la producción artificial de esa materia humana" (ed. francesa Gallimard, 1958, p. 110). Y, puesto que "la posibilidad de dirigir y de planear según las necesidades la producción de seres vivos machos y hembras" existe ya, Heidegger nos invita a "no seguir evadiéndonos, por mojigatería caduca, tras distinciones que ya no existen" (*ibid.*).

Nos toca ahora a nosotros meditar las vías que tomamos y que se abren productivamente y destructivamente a los hombres, a las mujeres y a los niños del porvenir, al amor y a los hogares de la vida del porvenir.

Tal vez nos encaminamos hacia otro tipo de vida erótica. De todas formas, ¿no hay que morir para la vida a fin de poder renacer? Tal vez empecemos a experimentar el secreto del amor-erotismo-sexualidad a través de una onto-erotología negativa en que plenitud y vacío no se distingan ya según los cri-

terios de una realidad o de una idealidad abrumadoramente positivas. Tal vez, más allá de la moral pagana, judeo-cristiana y burguesa, más allá de la moral socialista (heredera de la ética cristiana y de la ética burguesa), el amor errático vuele sobre nosotros de otra manera. Aprehendiendo la fijeza como una modalidad de la errancia, y no identificando la errancia con el vagabundeo, ¿no podríamos dejarnos agarrar por la errancia fundamental del modo de ser erótico del mundo? El amor persigue una imposibilidad necesaria. A nosotros pues nos toca aprender a jugar el juego al que no podemos sustraernos. Viviendo y superando el mundo de la posesión y de la enajenación, de la conquista y de la sumisión, de la conservación y del de la destrucción, del entusiasmo y de la desolación, aprendiendo poco a poco a escrutar los enigmas del comienzo y del fin, de la reanudación y de la rotación — sin olvidar que hay umbrales. Cuando hayamos sobrepasado la obsesión de la apropiación posesiva que nos hace creer que se "tiene" a aquellos o aquellas a quienes no se ama y que no se tiene a aquellos o aquellas a quienes se "ama", habremos dado un primer paso. Cuando estemos un poco más armonizados con el devenir de la negatividad, no separando artificialmente el fuego de sus cenizas, habremos dado un segundo paso. Cuando recordemos que el Eros es lo que liga a los seres y a las cosas del Mundo, combatiendo los poderes adversos con los que está ligado más que dialécticamente, y cuando instauremos —ya ahora y anticipándonos— relaciones de una camaradería más honda y más estremecida —¿en qué términos podría hablarse todavía de amistad sin mentir?— entre los hombres y las mujeres que somos y en que nos convertimos, habremos dado un tercer paso.

Puede que efectivamente el amor-erotismo-sexualidad esté pasando él también por una muda. Gracias a la superación del paganismo (que ignoraba las exigencias de la subjetividad y del devenir histórico), del judeo-cristianismo (con sus prohibiciones espiritualistas) y de la concepción moderna del ciclo infernal subjetividad-objetividad (es decir del psicologismo y del sociologismo individualistas o colectivistas). Si la metafísica dualista que opone lo empírico a lo trascendente y a lo trascendental, si el trinitarismo de lo físico (corporal), de lo psíquico (afectivo) y de lo intelectual (o espiritual), si la creencia ingenua en los remedios únicamente sociales, sociológicos y socialistas se dejan superar, podría abrirse entonces efectivamente otra era del amor. Habría que llegar también a la superación más que ontológica, es decir problemática, y productivamente "nadaante", del juicio copulativo y del juicio de inherencia, del poder fijo de la cópula y de la unilateralidad de las relaciones, así como a la superación de la univocidad de la copulación y de la figura detenida de la pareja. Si el *hay* y el *es* dejaran de apabullarnos, si el *no hay* y el *no es*, no nos apareciesen como una simple privación, si cada uno dejase de ser un "yo" que es o no es en el amor —¿no lo ha sido nunca, o lo ha sido alguna vez?—, podríamos ya echar a andar hacia el horizonte que nos espera. El lenguaje que hablamos tendría que mudar también, para decir y nombrar más abiertamente lo que interpela, dejando que lo no-dicho participe también en el juego.

¿Está excluido que lleguemos a superar a la vez las *diferencias* separadoras y el reino de la *indiferencia*, potencias inseparables que marcan a las parejas constituidas y a las uniones libres, a los encuentros y a las experiencias, duraderas o pasajeras, vividas o soñadas? Podría ser que los humanos, distinguiendo demasiado y no suficiente, no se hayan abierto bastante a la errancia erótica en el curso de la cual construimos nuestras casas y seguimos nuestro camino. Pero, como lo dice y lo predice el poeta, llamando todavía eternidad a lo que inscribe en el ritmo total de la temporalidad:

Es extraño sin duda no habitar ya la tierra,
no seguir ya costumbres apenas recién aprendidas,
no dar ni a rosas ni a cosas, cada una una promesa,
el significado del porvenir humano;
no ser ya lo que se era en la infinita angustia de las manos,
abandonar hasta el propio nombre como un juguete roto.
Extraño no anhelar ya los deseos. Extraño
ver lo que estaba ligado flotando desunido en el espacio.
El estar muerto está lleno de pena,
y hay tanto que recobrar para sentir poco a poco
una parcela de eternidad. Pero los vivos cometen todos
el error de hacer distinciones demasiado violentas.
Los ángeles (se dice) no saben a menudo si pasan
entre vivos o entre muertos. La eterna corriente
a través de los dos reinos arrastra a todas las edades
consigo, sin pausa, y en los dos domina sus voces.

—Traducción de Tomás Segovia